

versal. ¡Fin de las investigaciones verbales en el interior de las conciencias! ¡Rebusca de la traducción visual o, en todo caso, corporal de los movimientos íntimos de la sensibilidad! Un gesto, una mirada, una palidez, dedos que se crispan o, sencillamente, una tensión arterial que se exagera: he aquí al escritor de hoy convencido, acaso con razón, de que roza la verdad orgánica, más cerca de la verdad en sí que toda otra verdad.»

Otras gracias conquistadas por la influencia del deporte:

«Mayor rapidez en la exposición de una teoría, en la trama de una novela, menos precauciones oratorias, transiciones menos prudentes que en la mayoría de las obras que ocuparon hasta hoy un lugar en nuestra literatura, las novelas de Balzac, por ejemplo, cuya «mise en train» — confesémoslo — parece ahora, a menudo, fastidiosa a los «deportivos» cogidos por la corriente del acto directo y de verdad inmediata por el cual nos hemos decidido los de la mayoría».

<https://doi.org/10.29393/At51-19CERA10019>

La campaña electoral de Hoover

En el número del 1.º de Enero del presente año de *La Revue de Paris*, Bernard Fay dedica unas páginas pintorescas a la reseña de la

última campaña presidencial norteamericana.

Conviene destacar algunos aspectos de la gran contienda electoral.

Una secretaría: «El interior está tapizado de banderas y banderolas que encuadran la imagen sonriente del candidato a la presidencia y la menos entusiasta del candidato a la vice-presidencia. Un estrado con las mismas decoraciones se levanta en medio de la sala. Una mesa, cerca de la puerta, está llena de papeles, prospectos y fotografías. Hay allí discursos pronunciados por el candidato, elogios del candidato para todos los gustos: para las mujeres, los niños, los negros, los jugadores de golf, los empleados de pompas fúnebres, los xilofonistas y, en general, todos los grupos de electores; botones de metal para ponerse en la solapa, un hermoso *Smith* en letras rojas sobre fondo oscuro entre los demócratas, un imponente *Hoover* en letras de oro bruñido sobre fondo de acero entre los republicanos, carteles para ser colocados en los automóviles: *Hoover*, decían sencilla y pesadamente los republicanos, «*I'm for all*» decían más vivamente los demócratas y algunos republicanos espirituales ponían sobre el parabrisas: «*I'm not*».

Los diarios: «Cada mañana el diario recuerda a los

electores que Mr. Smith ha sido suplementero o que Mr. Hoover ha nacido en medio de la pobreza. Cada mañana publican una foto con Mr. Smith de jugador de golf o Mr. Hoover de pescador de caña. Cotidianamente se publican esos grotescos e ingenuos dibujos llamados *cartoons* que resumen en forma infantil la situación del día: Mr. Smith montado en un asno en la persecución del elector que huye o Mr. Hoover arrellenado sobre un elefante avanzando hacia el electorado americano con las manos cargadas de presentes, como la reina de Saba. El *cartoon* es, en general, estúpido y simplista, gracias a lo cual encanta al espíritu popular y lo persuade. No tiene ni la picardía de la caricatura francesa ni el barroco del dibujo alemán. Es feo y familiar, según se le mire».

La radio: «Mr. Smith habla bien, con un lenguaje rico, a la vez exacto y realista, que encanta al hombre culto y deleita al vulgo. Por desgracia, disgusta a los burgueses y la América de hoy día es un pueblo de burgueses, o de campesinos y obreros que quieren ser burgueses.

«Mr. Hoover habla mal. No mira jamás los ojos de aquellos a quienes se dirige. Siente calor en las manos y las agita. Tiene un acento seco y rápido en la conversación, len-

to, calmado y monótono en sus discursos. Es el orador perfecto para esta máquina sin alma, sin realidad, sin sonoridad que se llama la radio: ésta no le quita nada ni le agrega ninguna dignidad. Son hechos el uno para la otra y podría decirse sin exageración que de la armoniosa unión de ambos ha nacido la presidencia de Mr. Hoover».

Los rumores: «Nunca han circulado tantos rumores ni se han escuchado secretos tan resonantes en los Estados Unidos. Los principales órganos que propagaban la buena palabra eran los famosos Ku Klux Klan, la gran sociedad secreta anti-alcohólica y nacionalista, la liga anti-alcohólica (*Anti-saloon League*), los cleros metodista y baptista y los clubs de señoras. De allí los rumores pasaban a los clubs de caballeros, las cámaras de comercio, los cafés-droguerías y los vagones de los ferrocarriles.»

Las peripecias de la campaña: «Quedaba a Smith una esperanza: exaltar el entusiasmo popular. Así lo había hecho durante toda su carrera política y por eso pasaba por el mejor de los magos electorales. Así quiso también intentarlo y, sin gran trabajo, se lanzó en grandes viajes a través del centro, el nor-oeste, el sur y el este de los Estados Unidos. Descuidó el oeste, in-

dudablemente favorable a Hoover, pero trabajó las grandes masas urbanas en todo el resto del país, entendiéndose con ellas directamente, hablándoles su lenguaje e interpelándolas cara a cara. Tuvo triunfos inauditos.

«A través de la ciudad congestionada de banderas la procesión de automóviles avanzó lentamente: tan densa era la multitud. De los balcones, de las ventanas y de los techos caían lluvias de serpentinas multicolores y de confettis. La gente muy pobre o muy despreocupada rompía diarios, anuarios de teléfono o papel higiénico. Una ola blanca corría sobre la multitud negra y densa. Se resbalaba sobre un lecho de papel amontonado, se navegaba a través de los confettis y las serpentinas, mientras que la multitud rugía. El gobernador Smith, de pie en su coche, con la sonrisa en los labios y el sombrero hongo en la mano, saludaba. Los niños de voces vibrantes eran los más exaltados y los más audaces. Era un gran trabajo para los agentes impedirles que hicieran rodar por tierra al candidato: tan grande era su entusiasmo y el deseo irresistible de estrecharle la mano. Después, en los halls gigantescos, frente a la radio, pero por encima de la radio, Smith hablaba y a veces una ovación de veinte minutos lo detenía palpi-

tando de placer en medio de los rugidos roncós y confusos de una masa en delirio.

«La recepción de Mr. Hoover en Nueva York fué análoga, pero el candidato no tenía sombrero hongo y sus gestos eran más blandos. Entre la multitud, Smith aparecía como un jefe de orquesta que conduce su mundo hasta más allá del allegro. Hoover parecía un pastor satisfecho de su rebaño, contento, pero sorprendido de sí mismo.

«Uno y otro tuvieron todas las ovaciones que hubieran podido desear. Pero ellas traducían mejor el deseo de gritar que las convicciones profundas de los manifestantes. Smith era demasiado inteligente para no darse cuenta, y hasta el último momento procuró despertar la sensibilidad del pueblo. Habló de la libertad (en Houston), del petróleo (en el nor-oeste), del vino y la cerveza (en el centro), de la riqueza (en Massachusetts), atacó, denunció, fué preciso, elocuente, juicioso. Entusiasmó a los espectadores mientras fatigaba y desesperaba a los suscritores de la radio.

«Habló como político a un pueblo que no quiere política. Hoover fué cansado y dogmático. Enseñó cómo se podía ser más rico de lo que se es actualmente. Cansó a sus espectadores, pero adormeció a los electores en un

sueño de beatitud del que no habían de salir sino para elegirlo.

«El valor de la desesperación animó a los demócratas en los últimos días. Hicieron un esfuerzo desesperado. No como se haría en Francia, o en Alemania, o en Inglaterra, organizando en todas partes nuevas reuniones o nuevas discusiones. Fuera de los grandes meetings en que hablaban los

candidatos a la presidencia y sus lugar-tenientes (en muy pequeño número), no hubo este año reuniones locales en América. La víspera del escrutinio los demócratas, en vez de perder su tiempo en vanas palabras, hicieron manifestaciones gigantescas para demostrar que, a pesar del mal viento que soplaba, ellos eran los más numerosos.»—*M.*